

JULIO C. DA ROSA

CUESTA ARRIBA

(CUENTOS)

0.109.489

«A S I R»

MONTEVIDEO

A PLD 85/19. D157. C9

PROLOGO

de

DOMINGO LUIS BORDOLI

No creo que da Rosa sea un hombre de temperamento tímido, pero su actitud frente a la Literatura ha sido la de presentarse "con el sombrero en la mano como los antiguos peones de estancia". No ha de verse en esto sólo una deferencia especial con respecto a las letras sino una modalidad permanente del carácter de da Rosa. De qué manera esta delicadeza puede convivir con la fe, el fracaso y la alegría, y mantenerse inalterable, es uno de los secretos más hermosos de la vida del campo.

Nacido en 1920, da Rosa vivió su niñez y primera juventud en el Yermalito, una de las regiones más pobres del Departamento de Treinta y Tres. Allí el chacrero se ajana año tras año removiendo una tierra seca y sin vida. El niño se hace hombre mientras da vuelta entre los pedregales y espinos de la serranía, y mira desde la altura los pocos maíces ralos y secos que ha plan-

todo su padre. El chacrero casi siempre fracasa. Se hace peón de estancia o va a trabajar al arrozal. Los centros poblados más cercanos, Isla Patrulla y Tupambaé, están a siete u ocho leguas de distancia.

La capital del Departamento dista doce leguas. Un hombre a caballo cubre este trayecto en una tarde. Si sale de mañana, con el sol firme, puede darse luego el placer de hacer mediodía en el camino; siempre hay algún sauce un poco solo cerca del arroyo, y a su pie un sitio donde ensillar el mate y tender un costillar. Después, uno se quedaría hasta la noche escuchando el canto de los pájaros, y las voces del agua y de la hierba que se levantan apenas hasta las ramas más bajas de los álamos.

En estos lugares, si exceptuamos la cocina de los peones, el hombre se acostumbra a estar solo desde la mañana a la noche. La vida que uno observa en el campo se desenvuelve en el ritmo justo en que la conciencia puede percibirla. Un suceso, un hecho o anécdota aparecen como circuidos por inmensidades de espacio, y por horas y días de silencio monótono en los cuales hallan su adecuada resonancia. Cada vida y cada conversación tienen el suficiente tiempo para crecer, henchirse de sabor y redondearse, como una manzana en las hojas del árbol. Cada personaje está unido indisolublemente a un oficio o a varios, a un trozo de paisaje, a un modo de hablar y a una manera de hacer silencio, porque a fin de cuenta estos personajes tienen más conversación con piedras, perros, caballos, ranchos y matas, que con la gente.

Cuando da Rosa cumplió trece años y se vió obligado a vivir en T. y Tres, sufrió como era natural un fenómeno de inadaptación y de fracaso.

so. Recién entonces pudo comprender lo importante que son en la vida ciertos hechos muy sencillos, como el de estar sentado, cuando niño, en lo alto de la sierra del Yerbal, y en medio de los esplendores de la mañana mirar el mundo verde y sus confines. O sentir, de tardecita, caer la sombra sobre la piedra, y hacerse ésta profunda y fresca, hasta tal punto que uno no puede menos de acariciarla un poco, como si fuese una cara. Era demasiado notable la diferencia que había entre aquellos respetuosos paseos que el niño realizaba con aire quedo, por entre graves peñascos pensativo, y los que tuvo que realizar después, en el patio de una escuela o liceo, por entre una media docena de zampabollas, que tal habrían de parecersele —como a todo inadaptado— en un primer momento, los amigos más tarde inolvidables. Esta nostalgia del Yerbalito lo hizo escritor a los quince años. Después de todo, es muy hermoso poblar una noche solitaria con imágenes de nuestra niñez, y observar de qué manera el alma, en la nostalgia, se llena tan vagamente de voces y visiones, como una madrugada se llena de olor.

A diez o doce leguas de Treinta y Tres y por aquellos mismos días, un muchacho vagabundo de Vergara solía pasarse, monte adentro, horas perdidas garabateando versos. Era Serafín García con sus "Tucuruses". El libro tuvo éxito.

A raíz de esos versos muchos jóvenes contráneos comenzaron a sentir que aquella vida regional adquiriría un valor poético desconocido. Pero Serafín García se internó muy pronto en una literatura social desorbitada. El otro modelo aún incólume, Javier de Viana, solía también perderse en peroratas cerradas para demostrar que el hombre no era otra cosa que una suma de Alco-

bol, Sífilis y Superstición. Da Rosa buscaba en el hombre del campo una mayor dosis de salud moral, de intimidad y de profundidad; algo que fuera más un misterio y menos un resultado.

Cuando a los veintidós años leyó a Morosoli, entendió qué era lo que traía para decir y cómo tenía que decirlo. Había en ambos una devoción de la misma índole por el lenguaje oral. Morosoli —según parece haber confesado— suele encontrar en una sola frase de la vida corriente, toda el alma de un cuento; personaje e historia aparecen como sobreentendidos en el vigor, en el carácter, en la plasticidad de una única expresión. Da Rosa muestra aún una mayor voracidad por el verbalismo campero. Es evidente el placer con que, desafiando todos los riesgos y limitaciones, el escritor se disfraza de narrador de fogón. Y por eso, el más sutil efecto que procuran los cuentos de da Rosa es algo inherente al “sabor” mismo del lenguaje, al rico olor y jugo que tienen las palabras. La expresión, algunas veces, ha sido acuñada y pulida como un refrán. En otras, la frase entera opera como síntesis de una figura humana, de un estilo de vida. “Si había un hombre con ganas de ser bolichero, ese hombre era Fleitas. Casi había envejecido con aquellas ganas. —¿Y el boliche, Silverio? —Va diendo, va diendo...

Pero no iba nada”.

Otras veces es una especie de glotonería sensorial lo que queda vibrando en tan vívido estilo: “Lo primero había sido la tierra. —No la vide; pero me la carculé abajo del colchón de trébol. —Con decirle que no pude aguantar y me paré; me paré sólo a tenderle la vista. Aquoyo era pa clavarle la reja y olvidarse!...” Nos persigue el deseo de llenar los ojos con esta frase tan triun-

hol, Sífilis y Superstición. Da Rosa buscaba en el hombre del campo una mayor dosis de salud moral, de intimidad y de profundidad; algo que fuera más un misterio y menos un resultado.

Cuando a los veintidós años leyó a Morosoli, entendió qué era lo que traía para decir y cómo tenía que decirlo. Había en ambos una devoción de la misma índole por el lenguaje oral. Morosoli —según parece haber confesado— suele encontrar en una sola frase de la vida corriente, toda el alma de un cuento; personaje e historia aparecen como sobreentendidos en el vigor, en el carácter, en la plasticidad de una única expresión. Da Rosa muestra aún una mayor voracidad por el verbalismo campero. Es evidente el placer con que, desafiando todos los riesgos y limitaciones, el escritor se disfraza de narrador de fogón. Y por eso, el más sutil efecto que procuran los cuentos de da Rosa es algo inherente al “sabor” mismo del lenguaje, al rico olor y jugo que tienen las palabras. La expresión, algunas veces, ha sido acuñada y pulida como un refrán. En otras, la frase entera opera como síntesis de una figura humana, de un estilo de vida. “Si había un hombre con ganas de ser bolichero, ese hombre era Fleitas. Casi había envejecido con aquellas ganas. —¿Y el boliche, Silverio? —Va diendo, va diendo...

Pero no iba nada”.

Otras veces es una especie de glotonería sensorial lo que queda vibrando en tan vívido estilo: “Lo primero había sido la tierra. —No la vide; pero me la carculé abajo del colchón de trébol. —Con decirle que no pude aguantar y me paré; me paré sólo a tenderle la vista. Aqueyo era pa clavarle la reja y olvidarse!...” Nos persigue el deseo de llenar los ojos con esta frase tan triun-

berbia intelectual, al que anima una sobria y robusta ternura. El envuelve en un soplo de levedad inmaterial y, hasta casi diríamos, de lirismo, la lobreguez de ciertas vidas, pobres y conmovedoras vidas, que sólo pueden ofrecernos este destello prestado, de inocente e imprevista alegría.

En las páginas siguientes el lector verá desfilar carreros, esquiladores, peones, bolicheros, bicheros, pasteros, carboneros, chacareros y montadores. El autor no sólo ha visto sino ha practicado todos estos trabajos, aprendiendo así la jerga de cada oficio, que maneja con impecable exactitud. Sus manos han acariciado, como ahora sus palabras, las herramientas y vehículos de trabajo, y los frutos lentos de la chacra, del horno de carbón, de la bolsa del bichero hinchada por una masa tibia y tierna.

Da Rosa ha amado siempre los seres pequeños y retraídos; y los sitios diminutos, frescos y reposados, esos "rinconcitos" de la existencia; por ejemplo, la orilla de un monte, la ensenada de un arroyo, el fondo de una huerta. Como un ideal de esos placeres pequeños que nos depara la vida, yo imagino a da Rosa en una charla acerca de la belleza o curiosidad de las cosas humanas, con otra persona que está en la mitad de su vida y que también pudo haber practicado algún oficio. Me imagino el placer de conversar con una confianza no exenta de precaución, diciéndose sólo las dos terceras partes de lo que cada uno sabe, y sustituyendo con el silencio cualquier ocurrencia ingeniosa. Una conversación sin exclamaciones ni afirmaciones rotundas, con un entusiasmo moderado, y entre gente que ya se ha puesto de acuerdo en muchas cosas. Lo más agradable es la fisonomía moral que se adivina detrás de esta conversación. Ni censuras, ni elogios, ni discrepancias. Si alguien

se equivoca, apresura a corregirse con alegría, hallándolo tan natural como si hubiese olvidado algún objeto. Una conversación donde se habla poco, de cosas sustanciales, y con espíritu de ocio, de modo que entre frase y frase dejemos sitio al silencio para que entre por allí el espíritu del lugar. Y si este lugar es la ensenada de un arroyo, y humea un pequeño fuego, atrás, al pie de un árbol, no hay mayor placer que el de permanecer mudo largo tiempo, mirando como el agua viene de lejos, en lo oscuro, encajonada por sarandizales y mimbreras, tapándose la risa entre gluglúes, y sale después al aire libre, y se demora sobre la arena, y se echa suavemente a brillar y a sonreír.

